

EDITORIAL

Desde que se empezó a hablar de Reforma Educativa (de hecho desde antes... desde siempre), ha sido notable la conducta del magisterio, es evidente la actitud de desinterés, enfado, de poca relevancia y dinámica ante la propuesta oficial para educación.

Muchos comentarios de la sociedad y desgraciadamente de algunos profesores van en un sentido crítico y de desprestigio para los maestros que se manifiestan, que protestan, que hacen paros, que cierran autopistas, que gritan y hacen sentir su inconformidad ante las decisiones unilaterales del gobierno sobre los procesos educativos, pocos son los docentes que se sienten orgullosos de lo que son y lo que representa la figura del maestro, la mayoría expresa que sólo están de paso y que el trabajo docente es mientras consiguen algo mejor (cosa que poco sucede).

Suena triste pero así es, esto se repite en muchos casos, todo ello gracias a que el SNTE y la SEP con sus acuerdos y controles crearon este tipo de personalidad en los profesores: acrílicos, pasivos, dóciles y temerosos ante cualquier tipo de instrucción de la autoridad.

Jalisco es señalado (a nivel nacional) como un estado donde sus profesores no denuncian ni se manifiestan en contra de las iniciativas gubernamentales que modifican, transforman y limitan sus derechos y amplían sus obligaciones. Son capaces incluso, de manifestarse a favor de una reforma que lesiona sus derechos como la Ley de Pensiones del Estado (hecho sucedido en 2009 cuando el secretario de la Sección 47 del SNTE J. Guadalupe Madera Godoy, los convocó en la Plaza de la Liberación de Guadalajara para que apoyaran dicha reforma. Fueron llevados con la consigna que no permitirían ningún cambio o modificación que atentara contra sus derechos y “curiosamente” dentro del recinto legislativo sus mismos líderes hacían lo contrario:

votaban y cabildeaban para cambiar dicha Ley, y por supuesto, salvo la disidencia local nadie hizo nada para revertir la falacia sindical).

El maestro ha estado invisible en las decisiones que tienen que ver con sus actividades, quienes redactan leyes y reglamentos, proponen el currículum, diseñan planes y programas de estudio y redactan propuestas de mejora educativa, no son maestros del día a día, son sujetos con posgrado, regularmente doctores en todo menos en práctica docente.

La invisibilidad, contraria a la posición crítica y propositiva, es un estado de comodidad donde el maestro deja que otros resuelvan lo que es su responsabilidad y obligación. En ese sentido, mientras la figura del maestro no brille con luz propia poco es lo que le podemos pedir en terrenos más allá de su conciencia y sensibilidad para educar intencionadamente.

Al margen de cualquier tipo de reforma, si ésta no lleva consigo una práctica de transformación cultural en toda su dimensión, es por demás hablar y discutir de ello. Ahora más que nunca es fundamental que el maestro deje de ser invisible y participe activamente en los procesos sociales que tienen que ver con su función y que entienda de una vez por todas que su mundo laboral no es sólo el salón de clases, lo que hace con sus alumnos repercuten para bien o para mal en un espacio geográfico más allá de la escuela.